



Instituto
de arte
contemporáneo

Ricardo Mojardín en la Galería Gema LLamazares: Pasajeros

Publicado 23-01-2013

Del 25 de enero hasta el 23 de febrero del 2013.

SU FAMILIA Y OTROS ANIMALES

¿Qué es lo que con tanto afán busca Ricardo Mojardín entre los animales? Pues seguramente lo que no

encuentra en el resto de sus congéneres: una pizca de humanidad. Preferir los animales a los hombres

es un rasgo de sabiduría antigua que él lleva años aplicando, desde que se empeñara en enseñar arte

a las vacas y hacerlas entrar, con toda parsimonia, en el Museo del Prado y otras grandes instituciones

artísticas, fijando en sus retinas las principales obras maestras. El primer paso en este sentido serían

dos exposiciones singulares, los "Autorretratos en la cuadra" de 1992 y, diez años después, en 2002,

"Una historia del arte para vacas", o cómo explicar los cuadros a unos rumiantes vivos. A partir de 2004

comenzaría la serie pictórica Karmanimal, encarnada no sólo en los bovinos sino también en simios y

peces, en una larga transmigración que le llevaría a Arco y a otros lugares fuera de Asturias. En 2006,

un grupo de conejos encerrados en una jaula darían buena cuenta de los grabados de Dürero dedicados

al Apocalipsis y desde 2007 a 2011 se desarrollaría la serie Cave canem, dedicada a los perros más

famosos de la pintura, compuesta por un conjunto de cuadros en los que se reproducían, con técnica

mimética y espíritu analítico, los canes pintados por los principales maestros de todos los tiempos y una

instalación exterior en la que se reproducían sus siluetas sobre una lona blanca plastificada con la que

envolver los árboles de los alrededores, para disfrute de los propios chuchos, como sucedió en El Convent

de Gerona. También hay que reseñar la “Arqueología para caracoles” de 2002 o la “Casablanca. Refugio

para insectos” de 2007, acciones puntuales de las que sólo queda el vídeo como único testimonio. Mario

Quintana escribe, y Ricardo Mojardín suele citar, que los animales, cuando imitan a las personas, por

ejemplo en el circo, pierden toda dignidad, pero es más bien al revés: su humanización suele ponernos

en evidencia a los hombres, al resaltar nuestras vanas ínfulas en asuntos tan pretendidamente exclusivos

como la cultura y el arte. Véanse, si no, las fábulas de Esopo, La Fontaine y Samaniego.

Los animales siempre han estado presentes en la obra de Ricardo Mojardín, aunque sea por elipsis,

como en el caso de la serie pictórica Biotopos (2009-2011), en la que aparecían tan solo sus nombres

científicos en el entorno biológico de los más importantes museos de Nueva York, Avilés, Florencia, Los

Ángeles, Madrid, Sevilla, Helsinki, Berlín, Munich, Bilbao, Kassel, Colonia, Roma, París o Londres. En la

serie que ahora presenta en la galería Gema Llamazares de Gijón, por el contrario, son casi los únicos

protagonistas, en retratos en primer plano que captan perfectamente su individualidad. Cabras, perros,

gatos, vacas, gallos, caballos, ocas o insectos, algunos incluso con nombre propio, que viven y mueren

en los alrededores de su casa en Lloriana, cerca de San Claudio. Moverse en un

ambiente rural es lo que

tiene, uno acaba familiarizándose con los muchos bichos que le rodean, aunque éstos sean propiedad del

vecino. Junto a ellos, los retratos de sus familiares más cercanos (su madre, sus hermanas, su mujer y

su hijo) y, cómo no, su propio autorretrato, otro de sus temas recurrentes, con el que suele cuestionar su

identidad como creador y, de paso, la misma noción de autoría y el papel social del artista. Los cuadros,

realizados con un naturalismo pleno, tienden a lo monocromo, quizá para huir de la representación más

convencional, él que siempre ha escapado de las convenciones y no tiene el más mínimo empacho de

reivindicar la pintura cuando es necesario. El hecho de que en la exposición aparezcan mezclados él

mismo, su familia y otros animales, y que la disposición de los cuadros se haga de forma lineal, juntando

los del mismo tamaño en una fila continua, a modo de tren con muchos vagones, hace sospechar que su

intención alberga por lo menos un doble significado, cuando no un triple sentido, ya desde el propio título,

Pasajeros, que habla a un tiempo de viajes en compañía y de la fugacidad de la existencia, a modo de

vanitas animal, en manos de un fabuloso fabulista que ha hecho de la transposición y el antropomorfismo

los viales de una obra que, de puro irónica y juguetona, acaba teniendo siempre un trasfondo moral y una

enseñanza, en forma de moraleja no explícita.

Luis Feás Costilla

Galería Gema LLamazares

Calle del Instituto, 23 33201 Gijón

Asturias